

BÚSQUEDA DE DIOS

Prudencio López Arróniz

El hombre ha nacido para la Verdad total. Por eso, siempre permanece viva la pregunta en él, sobre lo que hay más allá de lo que sabe. Late en él una sospecha sentida de que todo lo que ha llegado a conocer es sólo el principio de lo que se le oculta, y que le atrae desde ese “*más allá*” que llamamos Transcendencia.

De ahí que el hombre sea un ser para el que toda respuesta recibida es el comienzo de nuevos interrogantes.

“- Y es que una vida que no se vive en permanente búsqueda de la Verdad posible y necesaria, no es digna del hombre.

Una vida que no sea hacerse siempre preguntas nuevas, deja al hombre encerrado en la sede de la costumbre que todo lo envejece” (O. de Cardedal)

Por eso el hombre es un ser esencialmente insatisfecho. Puede engañar su sed con compensaciones y sucedáneos, pero nunca podrá saciarla definitivamente con nada terreno. Es inútil que intente aquietarse, porque siempre descubrirá en su interior una desproporción abismal, entre lo que es y constantemente le están llamando a ser. Existe una llamada que viene de más allá de él mismo: el Infinito de Dios al que busca y nunca logrará dar alcance porque El es la Fuente y la Palabra fecundas de las que siempre está surgiendo y con quien nunca puede coincidir

Esta es el drama humano; vivir solicitados a la vez por dos instancias, sugestivas, urgentes y diferentes. Por un lado los múltiples deseos que nos salen al camino, ofreciéndonos la tentadora manzana paradisíaca, con la promesa de saciar nuestras ansias de felicidad en plenitud: y por el otro, el deseo de infinito que Dios ha grabado en el alma humana, “herida luminosa” que hace más doloroso y tenso el sentimiento de su ausencia y que se convierte en nuestro interior en una fuerza gravitatoria que nos atrae hacia El, y que sólo El puede satisfacer y aquietar. Es inútil tanto zacaneo de aquí para allá en busca de medicamentos que seden nuestra dolencia “latente activa”

. Dios es lo que está más allá del hombre. Avistado como un horizonte de promesa, Dios se halla siempre delante del hombre y lo llama. De ahí que el hombre durante su vida mortal, sólo puede vivir de deseos, de querencias, de búsqueda.

Siempre acabaremos haciendo nuestra la enorme iluminación de S. Agustín

“- Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.”

Y es que atraído por un ideal que le supera, “el hombre supera siempre al hombre” (Pascal). No tenemos otro modo de existir que intentando que coincidan la mano que nos hiere y la mano que nos cura.

En el fondo, con sus aciertos y sus errores, todas las Religiones de la tierra manifiestan la sed inexaurible que el hombre tiene de Dios. En todas ellas Dios aparece siempre como punto de búsqueda, imprescindible para la vida humana.

Hay, sin embargo, un punto esencial, en el que el cristianismo se distancia de las demás Religiones. En éstas se manifiesta claramente la búsqueda de Dios por parte del hombre. En el Cristianismo, en cambio, es Dios mismo el que sale al encuentro del hombre.

Esto es sustancialmente la Encarnación: Dios mismo que deja el cielo y viene a buscar “lo perdido”: la oveja extraviada (Lc 15, 4): la moneda perdida (Lc 15, 8). Y lo que es decisivamente esencial: busca al hombre extraviado, al hijo difícil que, arrepentido, se siente atraído por lo que nadie le ha dado en el frenesí de las orgías y bacanales locas: el calor, la acogida, el bienestar, la abundancia, el amor, la libertad auténtica que emana de la casa paterna.

“- Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio, y, profundamente conmovido salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos” (Lc 15, 20)

Es la constante de toda vida humana. Busco porque antes soy buscado.

¡Siento que Alguien me está llamando por mi nombre y yo lo busco en medio de un bosque intensamente oscuro!

“ Existe un deseo de Dios inserto en el corazón humano, un deseo que Dios no deja de estimular. Es Dios y no el hombre el que ha tomado la iniciativa, el que ha hablado primero, el primero en buscar al hombre. En consecuencia, la búsqueda del hombre se descubre ella misma como una respuesta al amor originario de Dios “ (E. M. Clemens)

“ Porque tú pusiste en nuestro pecho el ansia de buscarte” (Unamuno)

“ Yo no te habría encontrado, si tú no me hubieses buscado” (S Agustín)

Son testimonios que avalan la existencia del Dios siempre mayor que el hombre, que siempre está llegando, llamando a la puerta, pidiendo que lo acoja sin reticencias, ni demoras. (Sal 105, 4)

Uno de los modos más idóneos y eficaces para encontrar a Dios es dejarse llevar por la propia sed. La sed te empujará a buscar la Fuente. Irás, la encontrarás, beberás, pero cuando hayas bebido y vuelvas satisfecho, percibirás el rumor del agua que fluye y te continúa llamando, creando en ti querencia de Fuente.

Para encontrar la “Fonte que mana y corre”, no hay caminos, no hay luz en la noche: “sólo la sed nos alumbra”

Leyendo a los espirituales que nos han transmitido sus experiencias, se pueden distinguir en el camino de sus búsquedas de Dios, momentos diferentes y cada vez más profundos y originales.

- En un principio el hombre busca y alaba a Dios, en la espesura de la belleza de la naturaleza: el jadear continuo del mar: los bosques tostados de mil tonos quemados en otoño: el silencio que precede y presagia el amanecer: los rayos del sol que resbalan nostálgicos, en declive, al atardecer: lo grandioso y deslumbrante de los altos picos nevados, y lo humilde y escondido que nadie ve que late.

S Agustín nos conduce para que “una luz, una voz, un manjar y un abrazo” sean camino hacia Dios, “que es luz, olor, manjar, abrazo y ósculo” de nuestro hombre interior: porque las “cosas invisibles se hacen inteligibles por medio de las criaturas” (Narcea)

- Dios está en la vida, en los sencillos y pequeños detalles de la vida: en los que viven a nuestro lado, en los que sufren, en el corazón de los que aman, en los que hacen el bien y arriesgan su vida por buscar la justicia, la comprensión y la paz. Ahí hay que buscarlo, porque ahí se le encuentra siempre.
- Hay otro momento en la búsqueda de Dios, en que “las cosas bellas de la naturaleza” ya no dicen tanto, y se siente la llamada a encontrar a Dios dentro de si. Si no encontramos a Dios dentro de nosotros mismos es difícil que lo encontremos fuera.

La búsqueda de Dios consiste entonces en la escucha de la llamada, percibida en el interior de si mismo. Podrá ser un momento puntual o una cadena de toques por los que el Misterio se deja sentir dentro, en la zona oceánica de la conciencia personal.

Es El quien nos está atrayendo desde el “Santuario del corazón”

“- *Ora a tu Padre que está allí, en lo secreto*” (Mt 6, 6)

El alma que busca a Dios ahí, en su interior más íntimo, cae en la cuenta de que “el centro del alma es Dios”

- Y existe una fase definitiva en la que Dios mismo interviene directamente y conduce al alma a lo esencial, siguiendo un imperativo de cadencias Teresianas.

“- No me busques a mí en ti...búscate a ti en mí”

“- El hombre que había partido en la búsqueda de Dios como el mayor de los bienes, cae en la cuenta de que, por ser Dios el Bien Supremo, está en la raíz de su proceso de búsqueda, suscitando su mismo deseo: y cuando intentaba buscar a Dios, se descubre encontrado por él” (M. Velasco)

Pero los humanos tenemos la extraña posibilidad de erigirnos a nosotros mismos en nuestro propio centro. Es el abuso de la libertad.

Somos como trigo zarandeado por la tarde en la era, en la criba de los deseos.. Señuelos que nos fascinan e hipnotizan desde fuera, con la sibilina promesa de hacernos felices. Deseos despertados en nuestro interior por conveniencias, egoísmos o intereses creados: por necesidades verdaderas o imaginadas

Vuelve a emerger en nuestros días, con todo su vigor y frescura, el viejo relato de la dimensión perdida

Dios regala al primer hombre un lugar donde no le falte nada para ser feliz en plenitud: agua, vegetación, frutos sabrosos de admirar y degustar, compañía humana.

Pero entre tanta vegetación exuberante, destacan dos clases de árboles: “*El árbol de la vida y el árbol del conocimiento*”

Los frutos del “*árbol de la vida*” proporcionan al hombre algo más que el no morir: son frutos rejuvenecedores para quien los coma; devuelven el vigor que la vida arrastra a su paso, como un río arrastra en las grandes riadas arenillas y cascajo.

“El “*árbol del conocimiento del bien y del mal*” ofrece el fruto que da el poder sobre todo y sobre todos, el poder que es exclusivo y propio de Dios. Como Padre que “prohíbe a sus hijos acceder a un conocimiento que, lejos de hacerlos felices, sería para ellos fuente de dolor y sepulcro de su simplicidad e inocencia” (J. M Carrasco)

Pero el hombre quiere actuar con independencia, sin subordinaciones. Y desobedece, y cae: y entonces se da cuenta hasta qué punto somos débiles e indefensos los humanos.

En ese momento, aparece el Dios aparentemente ausente, pero muy presente aunque velado, y , hace una pregunta que se dirige al primer hombre y se va repitiendo de siglo en siglo, sin perder la frescura de cuando resonó por vez primera en el paraíso perdido.

“ Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo: *¿dónde estás?*”(Gen 3,9)

No es el Dios que busca al hombre para pronunciar contra él la sentencia condenatoria. Es la pregunta inquietante de todo corazón que ama, que añora y busca al ser amado, porque sólo en su presencia, estando a su lado, se aquieta y descansa su querer sobresaltado.

Y Dios sigue buscando al hombre de hoy y de siempre:

“- *¿Dónde estás?*

Nuestro gran error, hoy como ayer y como siempre, es creer que la satisfacción de tantas búsquedas alucinantes, apagarán un día la sed irredenta que nos empuja a buscar el agua no donde “está”, sino donde “esté”.

Las grandes áreas comerciales nos ofrecen, como en el bello paraíso perdido, bazares de productos, con la vieja promesa de que, si los consumimos, seremos felices. Gozaremos de la eterna juventud: de la fascinación que da el poder, la libertad y la imagen

“- Esta sustancia, esta cosa, esta persona que llamamos hombre, busca la vida feliz. Que quieren ser felices es algo que todos ven en su corazón” (S. Agustín)

El hombre se pasa la vida buscando nostálgico la Fuente paradisíaca originaria y única que puede apagar su sed. Tenemos alma Samaritana y no hemos aprendido la revelación de Jesús a aquella mujer:

“- *Porque el agua que yo quiero darle, se convertirá en un manantial del que surge la vida eterna*” (Jn 4, 14)

Es El quien nos busca porque nos amó primero. Así se lo hacía saber a la Asamblea Israelita reunida en torno a Moisés

“- *El Señor se fijó en vosotros y os eligió, no porque fuerais más numerosos que los demás pueblos, pues sois el más pequeño de todos, sino por el amor que os tiene*” (Dt 7, 7 – 8)

Juan se hace eco de la misma tradición del Pueblo israelita, tan vivida por él y sus Comunidades juaneas, cuando les escribe en su Primera Carta.

“- *El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados*” (1 Jn 4, 10. 19)

No se trata tanto de que busquemos a Dios a base de esfuerzos de atlante, como de dejarnos buscar por El con humildad y esperanza.

Y no tengamos miedo de caer en una actitud pasiva, quieta, porque nada hay tan dinámico como sentirse amado hasta los tuétanos, ya que “Amor despierta amor”

Urge el cambio al amor sin medida que él nos tiene. No se trata de que nosotros hagamos grandes demostraciones de amor a Dios para convencerle que le amamos. Somos nosotros quienes debemos convertirnos a su amor desmesurado y cercano.

“- No le pidas a Dios que te ame mientras tengas miedo de amar y ser amado. ¡Ámalo tú! y sabrás que si hay calor es porque hubo fuego, y que si tú puedes amar es porque El te amó primero” (S. Agustín)

Ha cambiado la vieja mentalidad decimonónica de preguntar por Dios con altanería y desafío: “¿Quién es Dios para que crea en él? ¿Existe Dios? Mostradnos a Dios y creeremos en él.”

El que así grite con tono provocativo, no encontrará, ni será encontrado por Dios. El orgullo que produce su grito, bloquea todo encuentro con el Misterio.

Pero cuando el hombre siente el magnetismo de la fuerza divina de atracción que le imanta, ya está sintiendo interiormente que Dios pregunta por él como en las primeras páginas de la S.E.

“-¿Dónde estás?”

O como Jesús en el Evangelio de Juan:

“ *Jesús viendo que le seguían, les preguntó:*

- *¿Qué buscáis?*” (Jn 1, 38)

Palabras que van al fondo y sacuden las raíces de nuestra vida

A este interrogante corresponde el hombre que busca a Dios con humildad y verdad, preguntando a su vez

“ *Maestro dónde vives?*”

Más que interrogante es la intuición de que les va a invitar a hacer en su vida una experiencia única e imborrable: porque él les respondió:

“ *Venid y lo veréis*” (Jn 1, 39)

Cambio copernicano en la dirección extraviada de nuestras búsquedas de Dios.

LO MÁS URGENTE AHORA MISMO EN MI VIDA, DIOS MIO, NO ES QUE YO TE BUSQUE A TI, SINO QUE TU ME BUSCAS A MÍ Y QUE ME BUSCAS POR TODOS LOS CAMINOS...

” ¡Amén!. ! Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20)